



www.loqueleo.com/es

Título original: LE PETIT NICOLAS

El pequeño Nicolás, los personajes, las aventuras y los elementos característicos del universo del pequeño Nicolás son una creación de René Goscinny y Jean-Jacques Sempé. Los derechos de depósito y de explotación de marcas ligadas al universo del pequeño Nicolás quedan reservados a IMAV éditions. Le Petit Nicolas® es una marca registrada verbal y figurativa. Todos los derechos de reproducción o de imitación de la marca y cualquiera de sus logós están prohibidos y reservados.

© 2013, IMAV éditions / Goscinny - Sempé

Première édition en France: 1960

© De la traducción: 2005, Miguel Azaola

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-114-2

Depósito legal: M-37.649-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: julio de 2019

Más de 58 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El pequeño Nicolás

Goscinny-Sempé

loqueleg



Nicolás:
«¡Qué guay!».



Clotario:
«Es el último de la clase. Cuando la maestra le hace preguntas, acaba siempre castigado sin recreo».

Alcestes:

«Es mi mejor amigo, un gordo que come todo el día».



Agnan:
«Es el primero de la clase y el preferido de la maestra, a nosotros no nos cae demasiado bien».

Godofredo:

«Tiene un padre muy rico que le compra todo lo que quiere».



Rufo:
«Tiene un silbato y su papá es policía».

Eudes:

«Es muy fuerte y le gusta dar puñetazos en la nariz de los compañeros».



Joaquín:
«Le gusta mucho jugar a las canicas. Y hay que decir que juega muy bien, cuando lanza, ¡bingo!, casi nunca falla».

María Eduvigis:

«María Eduvigis es guay, creo que de mayores nos casaremos».





Mamá:

«A mí me encanta quedarme en casa cuando llueve y que haya gente, porque mamá prepara muchas cosas ricas para la merienda».



Papá:

«Papá sale más tarde de su trabajo que yo de la escuela, pero no tiene deberes».



Abuela:

«La abuela es buena, me da muchas cosas y todo lo que digo le hace mucha gracia».



Señor Blédurt:

«Es nuestro vecino, le gusta pinchar a papá».



La maestra:

«La maestra es muy amable y guapa cuando no hacemos demasiadas tonterías».



Señor Dubon (el Caldo):

«Es nuestro vigilante, le llamamos así porque dice todo el rato: “Miradme a los ojos”, y en el caldo hay ojos. Lo dijeron los mayores».

*Para Henri Amouroux,
padrino de este Nicolás.*

Prólogo

A principios de los años cincuenta publiqué en un semanario belga unas viñetas humorísticas con el título de *El pequeño Nicolás*. Fue en la oficina parisina de ese semanario donde me encontré con René Goscinny. Hacía historietas de cómic y escribía relatos cortos. Finalmente encorbatado, llevaba trajes muy serios de chaqueta cruzada y sacaba del bolsillo un elegante mechero con el que ofrecía fuego a las señoras. 11

La noche de nuestro encuentro me invitó a cenar a un restaurante. Me preguntó:

—¿Le gustan los erizos de mar?

Le dije que no sabía lo que eran. Le entusiasmó descubrírmelos. Al terminar la cena,

para no quedar en deuda con él, le pregunté si le gustaba la música. Su respuesta afirmativa fue puramente cortés. Le invité a escuchar unos discos en mi casa. Creyó, naturalmente, que yo bromeaba. Le hice subir los seis pisos que llevaban hasta el cuartucho en que yo vivía, en el distrito 18, y le mostré con orgullo mis dos discos: la *Pavana por una Infanta Difunta*, de Ravel, y un disco de jazz que puse, con muchas precauciones, en mi rudimentario tocadiscos. Al cabo de unos cuantos compases le pregunté:

—¿Cuántos son?

—¿Perdón?

—¿Que cuántos músicos hay?

Un poco sorprendido, me contestó:

—Siete.

Solté una carcajada.

—¡Pero si no sabe usted nada! ¡Son dieciséis: cinco saxos, cuatro trombones, cuatro trompetas, un piano, un contrabajo y la batería!

No escuchamos la *Pavana por una Infanta Difunta*, porque seguro que se temía que le preguntara por la composición de la Orquesta de Conciertos Colonne.

Nos hicimos amigos.

Todo lo que en esa época tenía yo de exuberante lo tenía él de educado, discreto y reservado. Los dos éramos ligeramente tartamudos. Yo le contaba a menudo mis recuerdos de colegio. Había sido muy revoltoso y me hacía gracia que a él, que venía del Nuevo Mundo, aquello le hiciera reír.

Tres o cuatro años más tarde, un periódico de provincias nos propuso un trabajo. Goscinny escribiría los textos y yo haría los dibujos. Él me vino con un texto en el que un niño –Nicolás– narraba su vida con sus compañeros, todos ellos con unos nombres muy peculiares: Rufo, Alcestes, Majencio, Agnan, Clotario, et cétera. Al vigilante en jefe le apodaban el Caldo. Y así empezó todo. René había encontrado la fórmula.

Alex Grall, el editor de Denoël, aconsejado por su mujer, leyó nuestros cuentos en el periódico de provincias donde se publicaban. Y editó por primera vez *El pequeño Nicolás*. No tuvo una acogida precisamente delirante.

14 En esa época existía entre los editores una bonita costumbre: los «trece-doce». Un librero que comprara al editor doce ejemplares de un libro, recibía uno más gratis.

La casa Denoël, poco entusiasmada con la idea de publicar un segundo volumen de Nicolás (*Los recreos del pequeño Nicolás*), recordó que una librera les visitaba regularmente para llevarse su «trece-doce». Es muy probable que el segundo libro viera la luz gracias a ella.

Luego hubo tres más.

Y así fue como René siguió viniendo a verme puntualmente, con su traje azul marino de rayas finas. Cortés, sonriente, inquieto, sacaba de su bolsillo un sobre que contenía unas

cuantas hojas con su cuento cuidadosamente
escrito a máquina. Y después me decía:

—¿Tú crees que es bueno?

Jean-Jacques Sempé

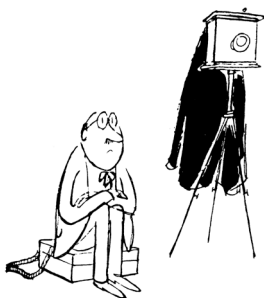


Un recuerdo que conservaremos con cariño



Esta mañana llegamos todos al cole contentísimos porque iban a sacar una foto de la clase entera que será un recuerdo que conservaremos con cariño toda nuestra vida, como nos dijo la profe. También nos dijo que viniéramos bien limpios y bien peinados.

Yo entré en el patio de recreo con un montón de brillantina en la cabeza. Todos los compañeros estaban ya allí y la profe le estaba riñendo a Godofredo, que había venido vestido de marciano. Godofredo tiene un padre muy rico que le compra todos los juguetes que le apetecen, y le estaba diciendo a la profe que tenían que retratarle vestido de marciano y que, si no, se marcharía.



18 También estaba allí el fotógrafo con su cámara, y la profe le dijo que se diera prisa porque no quería que perdiéramos la clase de Matemáticas. Agnan, que es el primero de la clase y el ojito derecho de la profe, dijo que sería una pena perdernos las Matemáticas porque a él le gustan, y que había hecho bien todos los problemas. Eudes, un compañero que es muy fuerte, quería darle un mamporro en las narices a Agnan, pero Agnan lleva gafas y no se le puede cascar tanto como a uno le gustaría. La profe se puso a gritar que estábamos insoportables y que, si seguíamos así, no habría foto y entraríamos en clase. Entonces el fotógrafo dijo:



—Vamos, vamos, calma, calma. Yo sé cómo

19

hablarles a los niños. Todo va a ir sobre ruedas. El fotógrafo decidió que teníamos que ponernos en tres filas. La primera, sentados en el suelo; la segunda, de pie alrededor de la profe, que se sentaría en una silla, y la tercera, de pie encima de unas cajas de madera. La verdad es que el fotógrafo tiene unas ideas excelentes.

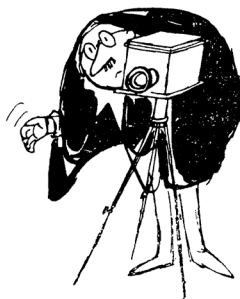
Fuimos a buscar las cajas al sótano del cole y lo pasamos bomba, porque en el sótano no había mucha luz y Rufo se tapó la cabeza con un saco viejo y gritaba: «¡Huuuuu! ¡Soy el fantasma!». Cuando vimos llegar a la profe con cara de pocos amigos, salimos rápido con las cajas. El único que se quedó fue Rufo, que, con su saco puesto,

no veía lo que pasaba y siguió gritando: «¡Huuuuu! ¡Soy el fantasma!», hasta que la profe le quitó el saco y Rufo se quedó de lo más sorprendido.

Al volver al patio, la profe soltó la oreja de Rufo y se dio una palmada en la frente.

—¡Pero si os habéis puesto completamente negros! —dijo.

20 Y era verdad. Al hacer el payaso en el sótano nos habíamos manchado un poco. La profe se enfadó, pero el fotógrafo le dijo que no pasaba nada, que nos daba tiempo a lavarnos mientras él colocaba las cajas y la silla para la foto. Además de Agnan, el único que tenía la cara limpia era Godofredo porque llevaba la cabeza metida en su casco de marciano, que parece una pecera.



—¿Lo ve? —le dijo Godofredo a la profe—. Si todos hubieran venido vestidos como yo, no se habría armado todo este jaleo.

Yo vi que a la profe le apetecía un montón tirarle de las orejas a Godofredo, pero no podía agarrárselas por culpa de la pecera. ¡Ese traje de marciano es un invento sensacional!

Volvimos, después de lavarnos y peinarnos. Estábamos un poco mojados, pero el fotógrafo dijo que no importaba, que eso no se notaría en la foto.

21



—Vamos a ver —nos dijo el fotógrafo—, ¿queréis darle una alegría a vuestra profesora?

Nosotros dijimos que sí, porque queremos a nuestra profe, que es la mar de maja cuando no la hacemos enfadar.

22 —Pues entonces —dijo el fotógrafo— vais a colocaros sin alborotar en vuestros sitios para la foto. Los más altos, encima de las cajas; los medianos, de pie, y los más bajos, sentados.

Fuimos a colocarnos y el fotógrafo se puso a explicarle a la profe que se podía conseguir todo con los niños si uno es paciente, pero la profe no pudo escucharle hasta el final. Tuvo que venir a separarnos porque todos queríamos ponernos encima de las cajas.

—¡Aquí el único alto soy yo! —gritaba Eudes, empujando a los que querían subirse a las cajas. Como Godofredo insistía, Eudes le dio un mamporro en la pecera y se hizo mucho daño, y a Godofredo tuvimos que sacarle la pecera entre varios porque se había atascado.

La profe dijo que nos daba un último aviso y que a la próxima iríamos directamente a clase de Matemáticas, así que pensamos que más valía que fuéramos formales, y empezamos a colocarnos. Godofredo se acercó al fotógrafo y le preguntó:

—¿Qué cámara es esa?

Y el fotógrafo sonrió y le dijo:

—Pues mira, majete, es una cajita de la que va a salir un pajarito.

—Pues sí que es viejo ese chisme suyo —dijo Godofredo—. Mi padre me ha regalado a mí una cámara réflex con parasol, óptica intercambiable, zum y también unos filtros, claro...

El fotógrafo puso cara de sorpresa, dejó de sonreír y le dijo a Godofredo que volviera a su sitio.

—¿Tendrá usted al menos una célula fotoeléctrica? —preguntó Godofredo.

—¡Por última vez, vuelve a tu sitio! —gritó el fotógrafo, que de repente parecía muy nervioso.

Nos colocamos. Yo estaba sentado en el suelo, al lado de Alcestes. Alcestes es un amigo mío que es muy gordo y come todo el rato. Estaba mordiendo una rebanada de pan con mantequilla y mermelada, y el fotógrafo le dijo que dejara de comer, pero Alcestes le contestó que tenía que alimentarse.

24 —¡Suelta ese trozo de pan! —gritó la profe, que se había sentado justo detrás de Alcestes.

Eso le sorprendió tanto a Alcestes que se le cayó la rebanada en la camisa.

—¡La hemos hecho buena! —dijo Alcestes mientras intentaba rebañar la mermelada con el trozo de pan.

La profe dijo que lo único que se podía hacer era poner a Alcestes en la última fila para que no se le viera la mancha de la camisa.

—Eudes —dijo la profe—, deja tu sitio a tu compañero.

—No es mi compañero —dijo Eudes— y no voy a dejarle mi sitio. Lo que tiene que hacer es ponerse de espaldas en la foto y así no se le verá

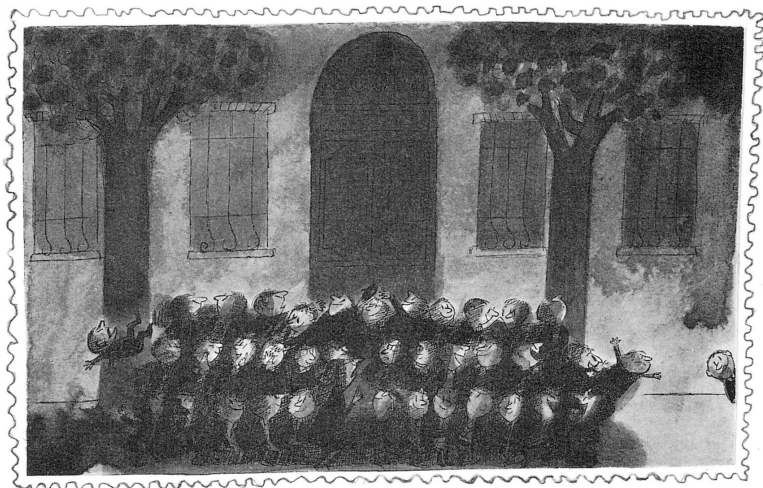
la mancha de la camisa ni tampoco su cara de gordo.

La profe se enfadó y castigó a Eudes a conjugar el verbo «No debo negarme a ceder mi sitio a un compañero al que se le ha caído una rebanada de pan con mantequilla y mermelada en la camisa». Eudes no dijo nada más, bajó de su caja y vino hacia la primera fila mientras Alcestes se iba hacia la última. Con eso se armó un poco de jaleo, sobre todo cuando Eudes, al cruzarse con Alcestes, le dio un mamporro en las narices. Alcestes quiso darle una patada, pero Eudes la esquivó, porque es muy ágil, y la patada se la llevó Agnan, aunque fue en un sitio donde no tenía gafas, menos mal. Eso no evitó que Agnan se pusiera a llorar y a chillar diciendo que no veía nada, que no le quería nadie y que estaba deseando morirse. La profe le consoló, le sonó los mocos, le volvió a peinar y castigó a Alcestes a escribir cien veces «No debo pegar a un compañero que no me ha provocado y lleva gafas».

—¡Bien hecho! —dijo Agnan.

Y la profe le puso líneas a él también. Agnan se quedó tan atónito que ni siquiera lloró. La profe se puso entonces a repartir castigos a diestro y siniestro y acabaron cayéndonos a

26



Arriba, de izquierda a derecha: Martín (que se ha movido), Poulot, Dubéda, Coussignon, Rufo, Aldeberto, Eudes, Champignac, Lefebvre, Toussaint, Charlier, Sarigaut.

En el medio: Pablo Bojojof, Jacobo Bojojof, Marquou, Lafontan, Lebrun, Dubos, Delmont, de Fontagnès, Martineau, Godofredo, Mespoulet, Falot, Lafageon.

Sentados: Rignon, Guyot, Aníbal, Crousef, Bergès, la profe, Agnan, Nicolás, Faribol, Grosini, González, Pichenet, Alcestes y Mouchevin (que le acaban de echar).

todos un montón de líneas hasta que, por fin, la profe dijo:

—Y ahora vais a estaros quietos de una vez. Si os portáis muy, muy bien, os levantaré todos los castigos. ¡Conque a colocarse como es debido y a sonreír con gracia para que este señor nos saque una bonita fotografía!

Como no queríamos darle un disgusto a la profe, obedecimos. Nos colocamos todos bien y sonreímos.

Pero lo del recuerdo que conservaremos con cariño toda nuestra vida no funcionó, porque nos dimos cuenta de que el fotógrafo ya no estaba allí. Se había marchado sin decir nada.